

Sección de Defensa de la Naturaleza

Los peligros de la incontrolada tala de los bosques

Por Juan San Martín

Puede decirse que los únicos que levantan la voz contra las anárquicas talas que trágicamente van extinguiendo nuestros bosques, son aquellos amantes de la Naturaleza, cuyas voces apaga la avaricia del materialista, sobretexto económico; ese vergonzoso pretexto, bajo el cual, tantas injusticias se amparan. Como si, ese sentimentalismo hacia la Naturaleza, fuese el deseo de románticos cuya única causa es el de ver paisajes adornados para deleite de los sensibles de espíritu. Razones más poderosas que el sentimiento romántico son las que nos inquietan: el mismo económico, el sentido práctico de las cosas, esto es, el positivismo, los hechos reales. Porque la Naturaleza sabe dictar sus leyes, y éstas, la mayoría de las veces, son infalibles.

Vayamos a poner ejemplos: ¿Quién no ha oído hablar de los bosques de Andramortu, de la tupida selva arratiana, que cubría un extenso territorio del macizo del Gorbea? Pues de esa selva, sólo quedan en pie unos pocos ejemplares, que a no tardar mucho han de desaparecer por completo. Para tal fin, fue construido uno de esos caminos mal llamados forestales, puesto que en la práctica vienen a resultar antiforestales, y por él van evacuando ejemplares centenarios dignos de ser venerados. Si alguna tala ha sido alarmante y deplorable, ésta la fue en extremo.

Aquel bosque, emplazado en la vertiente septentrional de Gorbea, fue la atracción y el laberinto de los excursionistas que desde Orozco y Villaro se dirigían a la máxima cota de Alava y Vizcaya. El verdor del exuberante hayedo que entremezclado con tejos, brezos y

espinos, apretujados y diseminados en tropel, daban singular encanto al incomparable bosque que ocupaba unas vastas superficies sobre aquella altiplanicie.

Al suroeste de la aludida foresta, elévase una barrera rocosa por cuyos acantilados trepan audazmente, verdes tapices de un pobre mantillo que sostiene un estéril enramado de arbustos en constante lucha por su existencia, pues un poco más arriba, allá donde se recorta la crestería, comienza la zona *cárstica*; el desolado *carst*, cuyas indómitas fuerzas impiden la vida del reino vegetal. Este desértico lugar se conoce con el genérico nombre de Itxin o Itxina, e impera su denudación en más de diez kilómetros a la redonda. En resumen: un inservible suelo descarnado, con lapiaces que ofrecen el triste aspecto de un desierto de piedra.

Las características geológicas del bosque de Andramortu son idénticas. Allí el bosque, con su delgada capa de mantillo, descansa sobre terreno calizo, sembrado de previsoras simas y dolinas, recorriendo sus ahuecadas entrañas los ríos subterráneos que claramente auguran, para los que tienen nociones de geología, un triste futuro: el mismo que siguió Itxina para llegar al estado actual.

El árbol y el mantillo que se necesitan mutuamente, protegen el esqueleto rocoso de la tierra contra la denudación y contra el rápido desgaste de la erosión. Por tanto, el futuro de esa zona, después de la tala de los bosques, no es otro que el de correr la misma suerte que Itxina: ¡el *carst*! ¡la desolación!

Tal vez se tratará de plantar el pino insignis, pero está demostrado, que el insignis, con sus escasas raíces es incapaz de contener el manto sobre unas rocas calizas erosionadas del tipo *cárstico*. Y una vez de que las tierras se escurran, como en el caso de Itxina y Larra entre otros, no habrá forma de recuperar a su fertilidad. Sólo fomentaremos la ruina de los terrenos calizos. Siendo la mayor parte del País Vasco de caliza, por algo la Naturaleza le asignó las hayas y los robles. Sin ellos, la inmensa parte de nuestro país, sería un desierto de piedra como lo es Karst; de donde se recogió el término *carst* para señalar análogos fenómenos en el vocabulario geológico.

Karst, es una región de Dalmacia a orillas del Adriático, con un ejemplo y una advertencia para todos nosotros.

Aquel paraje fue en un tiempo una magnífica cordillera de bosques, mucho antes de la época de los romanos, pero, según los historiadores, en parte, todavía en los tiempos del antiguo esplendor de Roma y la grandeza de Venecia, que sacaba de aquellos bosques el material con que había de construir sus navíos. El desconocimiento

de las consecuencias, el egoísmo y las costumbres de los pueblos pastores eslavos inmigrantes, fueron las causas que produjeron la extinción de los bosques que le hicieron pobre para siempre a aquel país. Los intentos de recuperación de los austriacos al plantar millones de árboles, no han conseguido el éxito que se esperaba, por la lentitud que requiere el reunir tanta tierra como es precisa en formar el mantillo que un bosque necesita para su prosperidad. A causa de la ausencia del bosque el país es extraordinariamente pobre en aguas; también por ese motivo se ha presentado un fenómeno muy curioso, el viento huracanado conocido en el país con el nombre de «bora», habiendo casos de volcar trenes enteros y mientras desahoga su furia quedan interrumpidos completamente la navegación y el tráfico en Trieste y Fiume. Si Karst tuviera todavía sus bosques no conocería el «bora»; en ellos se estrellarían las furias del huracán que, ahora, repitiéndose infinitas veces, impide que un nuevo verdor revista las viejas rocas.

El árbol ejerce al viento el mismo efecto que una ballesta, haciendo rebotar en dirección contraria y regularizando de ese modo su marcha.

Sin ir muy lejos, además de Itxina, todos conocemos la inhóspita región cárstica de Larra en el Pirineo navarro. Su descripción la dejaremos al arbitrio de una pluma más autorizada que la nuestra: veamos cómo nos muestra su génesis el geólogo francés Tazieff en su obra *«Le gouffre de la Pierre Saint-Martin»*: «Las rocas están descarnadas por la erosión y se cree ver el esqueleto desnudo, los huesos mismos del globo...».

«Fue en tiempos de Luis XIV, cuando la degradación del suelo empezó aquí sus devastaciones. Hasta entonces, espesos bosques de hayas y pino indígena cubrían las pendientes superiores de la montaña. Pero se necesitaba madera para construir las carabelas y las fragatas de la flota real. Los árboles fueron derribados sin piedad, y las aguas, tan abundantes en este país de lluvias, arrastraron hacia los valles el mantillo y las tierras que ninguna raíz vigorosa retenía. Sólo la hierba subsiste y de vez en cuando un pino aferrado en algún hueco de la piedra.

«La roca calcárea es prácticamente la única que el agua puede disolver, sobre todo si es algo ácida. Y, esta agua lo era por haberse cargado de ácidos al atravesar el mantillo, así es que en el transcurso de los años ha ido ensanchando poco a poco las grietas del calcáreo, socavando progresivamente la roca. Los cortes se han hecho más profundos y se han abierto galerías a lo largo de las juntas.

«Mientras la piedra estaba cubierta por una gruesa capa terrosa, los abismos subyacentes no se revelaban más que por algunas depresiones del suelo. Pero cuando, después de talar los bosques, esta tierra fue arrastrada, las aberturas fueron apareciendo y las aguas se precipitaron en estos agujeros abiertos. La cantidad de agua que fluía por la superficie se hizo insignificante: todo el caudal aportado por las lluvias y el deshielo penetró en el seno de la montaña. Las cavernas y simas se agrandaron más todavía, horadados por los torrentes que se precipitaban a veces por ellos. En cambio, en el exterior se secaron las fuentes, arroyos y ríos».

Así podemos seguir leyendo a través de las páginas de este interesante libro de Tazieff. Este geólogo nos describe, con amena prosa, todos los pormenores de los fenómenos que ocasiona el *carst*.

Sabemos que existe dependencia indiscutible entre el clima, el paisaje y la vida de determinada región. El caso de las inundaciones de Guipúzcoa, de 14 de Octubre de 1953, entre otras causas, fue debido, principalmente, a la descontrolada tala que se ha efectuado durante los últimos años. Y, así dieron a entender Gómez de Llarrena y Rodríguez de Ondarra en informe presentado al Instituto de Estudios Geográficos, y que fue publicado en su boletín de Febrero de 1954, y que figura entre las publicaciones del G. de C. N. Aranzadi con el número 8. Y, Guipúzcoa guarda un triste recuerdo de aquella devastadora inundación que además de constar muchas víctimas a la provincia resultó un gran quebranto para la economía.

Lo que ocurre con nuestros bosques es incomprensible; puede ser inconsciencia o ignorancia, pero en ambos sentidos se muestra ineficacia para evitar futuros males. Toda tala de importancia debería ser estudiada antes de iniciarla, para deducir sus consecuencias. La falta cometida contra la Naturaleza, exigirá en reponer esfuerzos infinitamente mayores. En los tiempos de Luis XIV, cuando se ignoraba la ciencia geológica, se comprende esa tala, pero en nuestros tiempos no tiene justificación y además de absurdo resulta hasta criminal.

No tenemos atribución alguna para condenar la fertilidad de unas tierras y heredar miseria a la generación postrera. El hombre será absolutamente libre; mas no independiente. Los lucros de unos particulares no son justificables cuando se trata de intereses comunes que afectan a la sociedad y al futuro del país.

Estamos precisados de una ley vigorosa y eficaz, una ley, tal y como pregonaba Napoleón en su célebre frase: «La ley debe ser clara, precisa, uniforme: interpretarla es corromperla». Aquel Na-

poleón que, a pesar de su espíritu guerrero poseía algunas buenas cualidades, mostró ser muy amante de los árboles, pobló de árboles las dunas arenosas de las Landas, y aquellas inservibles tierras son hoy la principal riqueza forestal de la vecina Francia.

Importantes bosques de nuestro país van desapareciendo. Muchos de ellos sitios en terrenos calizos y el porvenir de esas tierras podemos adivinar después de conocer estos fenómenos de la Naturaleza. En muchos de los casos, las hayas y los robles son sustituidos por el pino insignis. Respetamos y defendemos esta especie desde el punto de vista económico; pero siempre y cuando que esas repoblaciones se realicen en terrenos no calcáreos.

El pino insignis, con sus insignificantes raíces es incapaz de retener el mantillo; además, al ser su hoja perenne, impide que los rayos solares penetren durante todo el año, haciendo imposible la vida de la hierba y el musgo que son protectores de ese mantillo. Por eso los suelos de los pinares se ven desnudos y secos.

Precisamente ahora que se anda buscando soluciones de repoblación en los calcinados páramos de Los Monegros y Las Bardenas, no podemos condenar inicuaamente la conservación de los bosques existentes, sin tomar medidas preventivas a las anárquicas, mejor dicho oligárquicas talas, para levitar el nefasto destino de algunas tierras.

Meditemos el caso y hagamos que se ponga fin a esas oligárquicas talas en bien del futuro y de la economía misma.

